



Año VI

Madrid 15 de Mayo de 1883

Núm. 110

SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña. — II. La amistad. — III. La Caridad. — IV. La romería de San Isidro. — V. La ciencia para el niño. — VI. Á la distinguida pianista señorita doña Emilia Quintero. — VII. Bibliografía. — VIII. Algunas reflexiones sobre la Religión católica. — IX. Cantares.

LA EDUCACIÓN

CARTAS Á UNA NIÑA

VII

EL TEATRO

Mi cariñosa Amparo: Hechas ya algunas consideraciones en cartas anteriores respecto del Teatro en general; señalada, aunque muy ligeramente y de un modo imperfecto, la influencia que ejerce en la sociedad y en las costumbres, y apuntadas las condiciones indispensables que el autor dramático debe poseer

para ostentar legítimamente tan glorioso título; dicho, en una palabra, todo lo que á la Poesía dramática se refiere en su más puro y elevado concepto, y descrito el círculo en que debe moverse, y que nunca puede traspasar, si ha de llenar cumplidamente los altos fines del Arte que la están encomendados..... réstame ahora mostrar el estado miserable que arrastra el Teatro en nuestros días, la triste suerte que, á juzgar por el momento presente, está reservada á la Poesía dramática, que es la poesía por excelencia, el más noble, el más humano, el más real, el más grandioso, el más bello y sublime de los géneros poéticos. Para ello se hace preciso, si la claridad y el método significan algo en cuestiones de esta índole, examinar ántes los géneros principales en que la Dramática puede dividirse, y previo este estudio preliminar que nos dará á conocer el carácter propio de cada uno de ellos, pasar inmediatamente á generalizar el concepto de lo que, hoy por hoy, representa el Teatro en sus distintas manifestaciones, á dar una idea de los fines bastardos y hasta inmorales que presi-

den á las composiciones dramáticas en nuestra época, con escándalo del verdadero Arte, que jamás consentirá tamaño envilecimiento, dada la alta é importantísima misión que tiene que desempeñar en cada una de sus respectivas esferas.

La Poesía dramática, que encuentra su origen y fundamento en la misma naturaleza del hombre, ha ido apareciendo en el tiempo según la marcha progresiva de la humanidad, según el orden con que se han verificado ciertos acontecimientos históricos y en armonía con las leyes biológicas que rigen los destinos de las sociedades ya constituidas.

Por eso, en un principio, cuando la humanidad caminaba entre las sombras de la ignorancia y se entregaba, falta de educación y de cultura, á sus ciegos instintos y groseros arrebatos, la Dramática tuvo que reflejar el estado abyecto y la condición servil y el abandono y degradación de las sociedades en las primeras épocas de la Historia, con aquel cúmulo de desenfundadas pasiones, de brutales deseos, de terroríficos sucesos y sangrientas hecatom-

bes, presididos siempre por la misteriosa mano de la cruel é implacable fatalidad.

Y como la humanidad presenta constantemente dos fases diversas, que son los dos polos opuestos sobre que gira la rueda de nuestra existencia, la Poesía dramática tuvo que adoptar además otra forma de expresión, distinta de la anterior, para representar el aspecto contrario de la vida encarnándose en la realidad mediante escenas crapulosas y báquicas orgías, acompañadas de grotescas manifestaciones de las flaquezas y debilidades humanas.

Por último, la Dramática ha tenido que revestir nuevas formas en tiempos muy posteriores (casi en nuestros días) en que ya la sociedad cuenta un grado superior de ilustración y de cultura y las costumbres se han modificado considerablemente.

Estas varias formas del Arte que venimos examinando coexisten separadamente y abrazan en su generalidad el total organismo de la vida humana.

La división, por tanto, que suele hacerse de la Poesía dramática — dejando á un lado ya su desarrollo histórico — obedece á los diversos aspectos que presentan los sentimientos múltiples que radican en el corazón del hombre.

Entre éstos, hay unos que, por su índole especial y la impresión angustiosa que causan en el alma, merecen el calificativo de *penosos* ó *sombrios*, en tanto que los otros pueden muy bien admitir la denominación de *risueños* ó *agradables*: aquéllos producen en el ánimo cierta emoción dolorosa y terrible, que se traduce al exterior por medio del *llanto*; éstos, por el contrario, excitan la *hilaridad* y el regocijo merced á la alegría que á su influjo se despierta en nuestro espíritu.

La risa y el llanto, pues, son los signos generales que representan el mundo interior ó de la conciencia; los extremos opuestos de la vida del sentimiento y de la idea; eterna dualidad de la naturaleza creada que se observa en todos los fenómenos de la vida universal.

De aquí la división fundamental de la Dramática en Tragedia (de *tragos*), *macho cabrio*, y (*ode*) *canto* (Tragodia), y Comedia (de *comes*) *aldea*, ó (*comos*) *banquete*, y (*ode*) también *canto*: división que dá lugar, como hemos dicho, á dos géneros dramáticos enteramente opuestos, que son, cada uno en su esfera, trasunto fiel de la realidad, pero no expresión sintética y total de la misma, puesto que no abarcan el aspecto más universal de la vida.

Porque así como de ciertos fenómenos naturales no nos damos clara cuenta sin que acuda á nuestra mente el recuerdo de otros que niegan, por decirlo así, á los primeros, y que, sin embargo, son manifestaciones distintas de una sola fuerza; así también en la vida del hombre no se conciben eternamente separados y coexistiendo á la vez dos modos de ser antitéticos, la risa y el llanto, como decíamos ántes, aunque van

siempre unidos, predominando uno ú otro, y constituyendo ambos un estado superior y *único*, bajo el cual se hallan comprendidos: el estado general del individuo, que es la síntesis de los diversos afectos y sentimientos que se agitan en su alma.

Si, pues, en la Naturaleza, según observamos, no resplandecen los colores del Íris sin que haya luz que abrillante la oscurecida atmósfera; si vemos que al día sucede la noche, al calor el frío, á la sequía la humedad, y que después de horrorosa tempestad, luce sus vistosas galas un sol refulgente y espléndido..... no nos debe extrañar que en la vida de la humanidad formen igual contraste los términos virtud y vicio, inocencia y perfidia, esperanza y desesperación, humildad y orgullo, dignidad y envilecimiento, placer y dolor, amor y celos, gloria é infierno, en una palabra; porque es ley indeclinable y constante esta lucha de elementos contrarios y antitéticos que tan pronto inundan de gozo el corazón como dejan en él impresas las huellas de amarga y profunda pena.

¿Por ventura hay alguien tan feliz que, en medio de los goces y expansiones de su espíritu, no sienta clavado en el pecho el agudo puñal de un doloroso recuerdo?

¿Y quién es tan desgraciado, que aún en los supremos momentos de mortal tristeza, de honda desesperación, no ilumine su alma un débil rayo de luz, ó se complazca en reproducir el perdido eco de alguna voz cariñosa y amante que podría prestarle consuelo y esperanza, animación y vida?

Tan cierto es que en la realidad van siempre mezclados la alegría y la tristeza, el placer y el dolor, la risa y el llanto, lo trágico y lo cómico, que ha sido forzoso inventar una nueva forma del Arte dramático — la más universal y constante — para dar lugar á un tercer género, denominado Drama propiamente dicho.

Tres son, por tanto, los géneros dramáticos fundamentales: la Tragedia, la Comedia y el Drama.

La Tragedia representa la oposición de los grandes intereses humanos, la lucha entre diferentes caracteres, el conflicto y choque de violentas pasiones que tienen por término acontecimientos excepcionales y sucesos grandiosos ó terribles, acompañados de una espantosa catástrofe que lleva el terror al corazón y la compasión al ánimo, haciéndonos verter doloroso llanto.

La Comedia tiene por objeto regocijar nuestra alma con el planteamiento del conflicto dramático en el terreno de lo cómico y burlesco, de lo jovial y risible de la vida.

El Drama, por último, es un género sintético, más frecuente que los anteriores porque abraza toda la realidad, porque lo serio, lo grave, lo majestuoso, lo armónico, lo patético, lo dramático, en suma, abunda mucho más que los terribles trances de lo trágico y los risibles contrastes de lo cómico.

Hay otras composiciones de índole es-

pecial, que suelen revestir un carácter dramático, pero que se distinguen de las mencionadas, las unas por la forma que adoptan, las otras por estar destinadas al canto. Entre las primeras se encuentran los dramas *fantásticos* y las comedias de *espectáculo*; entre las segundas, las *Óperas* y las *Zarzuelas*.

Nosotros descartaremos para nuestro estudio, además de estos géneros secundarios que desnaturalizan y falsean la realidad, la Tragedia, que va desapareciendo poco á poco, como ha desaparecido también la Epopeya, y venido á ser sustituida por la Novela en los tiempos presentes.

Quedan, pues, como objeto de nuestras consideraciones en cartas sucesivas, la Comedia y el Drama, con cuyo estudio terminaremos el del Teatro en general.

R. Carrasco y Alvarez

LA AMISTAD

DÍCESE, y acaso con alguna razón, que la amistad es más verdadera en el sexo fuerte que en el débil; que dos mujeres no pueden ser amigas por largo tiempo, y que se oponen á esto el amor propio, la envidia, la exagerada susceptibilidad, es decir, todos los defectos con que la opinión pública abruma á la pobre entidad femenina.

Hay, sin embargo, un bello ejemplo de constancia en la amistad, de afecto desinteresado y puro que aducir, para defender á nuestro sexo de estas acusaciones; ejemplo que prueba que la bondad y la tolerancia son los apoyos más firmes de la amistad, y que algunas veces son también patrimonio de la mujer.

Hacia el año 1777 vivía en Flesinga, una de las más bellas ciudades de Holanda, una jóven dotada de una linda figura y de un dulce carácter; contaba veintiseis años, y hacía cuatro que era viuda; se llamaba Isabel Wolff. Su marido, que había sido un sabio naturalista, le había dejado una corta renta, é Isabel hacía flores para proporcionarse algunos recursos; vivía sola con una anciana criada, y había conservado una tierna amistad de la niñez.

Agata Deken la quería como á una hermana: estaba casada esta señora con un jóven médico, y aunque su posición no era brillante, hallaba siempre medio de ayudar á Isabel, con esa delicadeza propia de las almas nobles.

Ya le enviaba un ramo de flores que alegrase el modesto gabinete de Isabel; ya un libro amigo de esos que, hablando al alma, no cansan jamás; ya una bandeja de frutas; ya, en fin, iba á hacerle algunas horas de

compañía, ó la llamaba para que acompañase á la mesa á ella y á su esposo.

Isabel pagaba este dulce afecto con inmensa gratitud y ternura; siempre que Agata le demostraba su cariño con algún presente, Isabel le daba gracias con unos versos bellos y sentidos; porque Isabel era una inspirada poetisa, y consagraba algunos ratos de soledad al cultivo del Arte.

Las instancias de Agata y de su esposo decidieron á Isabel á escribir un libro bellísimo, y cuya fama será inmortal: es una colección de elegías, titulada *Lamentos de Jacob sobre la tumba de Raquel*; este libro lo compró un editor por muy poco precio, y obtuvo un éxito extraordinario.

Dos años después escribió otro libro no ménos bello; coleccionó todos los *Cantos populares de Holanda*, y les adicionó algunos nuevos; esta colección, formó tres tomos en octavo.

El día en que Isabel Wolf terminó esta obra, fué á comer á casa de los esposos Deken, para celebrar la conclusión de su bello trabajo.

Agata tenía dos hijas, dos bellas niñas, á las que Isabel amaba como si fueran suyas, y á las que había enseñado todo lo que sabía.

—También mamá ha escrito un libro, dijo Elena, la mayor de las dos: ya nos ha leído algunos capítulos de él, ¡y nos ha gustado tanto!

—Se llama el libro de mamá *Historia de Guillermo Lewend*—añadió Sidonia, la menor de las niñas.

—Sí, querida Isabel, dijo el doctor con satisfacción: mi mujer ha escrito un libro: la primera novela que se ha compuesto en holandés, puesto que hasta ahora sólo se habían escrito narraciones sencillas y artículos sueltos sin importancia.

—Y ahora que también en esto nos parecemos, querida Isabel, dijo Agata, es preciso que vivamos juntas y que nos consultemos nuestros trabajos literarios.

Isabel Wolf comprendió toda la ingeniosa delicadeza de este pretexto para hacerle aceptar una hospitalidad generosa; pero se excusó con Agata, y siguió en su casita viviendo modestamente del producto de sus flores y de su corta pensión.

Un acontecimiento inesperado vino á cambiar la situación de las dos amigas: el doctor Deken murió, y su viuda rogó á Isabel que, deponiendo todos sus escrúpulos, fuese á vivir con ella y á acompañarla en su dolor.

En las grandes crisis de la vida no son los consuelos vulgares ni la compañía de los indiferentes los que nos alivia: sólo un afecto sincero y profundo llena el vacío abierto por la muerte y por el dolor.

Isabel consoló á su amiga y la reconcilió con la vida, y Agata la obligó á que dejase sus labores manuales, y á que dividiese el tiempo de la misma manera que ella lo hacía, entre la educación de Elena y de Sidonia, y la literatura.

Dos años después, Isabel y Agata dieron al público, suscrita por las dos, la continuación de *Guillermo Lewend*, y otras varias obras, que fueron acogidas con gran entusiasmo, y cuando se casó—siendo aún muy joven—la mayor de las señoritas Deken, las dos amigas, acompañadas de Sidonia, viajaron por Francia é Inglaterra.

Durante algunos años, escribieron estas dos distinguidas señoras, y vivieron juntas en la mejor armonía.

El 5 de Noviembre de 1804 murió Isabel, y Agata la siguió al sepulcro nueve días después, dándole así la última prueba de su tierno afecto.

Algun tiempo después, la sociedad de Ciencias y Artes de Amsterdam, queriendo tributar un público homenaje á la virtud y al talento de las dos amigas, honró su memoria con unos magníficos funerales, á los cuales asistieron cuantas personas importantes residían en la población.

Tal es el ejemplo elocuente que desmiente el aserto de que entre dos mujeres no es posible la amistad.

—Cuando hay sensibilidad en el corazón y benevolencia en el carácter, la amistad nace como flor delicada, crece como lozano arbusto, y llega á ser árbol robusto, cuyas hondas y profundas raíces sólo arranca la mano de la muerte.

Mas para alcanzar este resultado es necesaria gran dosis de abnegación, es preciso dar mucho cariño é interés, y en cambio exigir poco, porque si nos empeñamos en disfrutar todas las delicias del trato social sin sufrir ninguna de sus molestias, si queremos ante todo nuestro bien sin pensar en el ajeno, ni la amistad ni el amor nos acompañarán en el largo y fatigoso camino de la vida, y estaremos solos, no sólo en el dolor, sino también en la alegría, lo cual constituye el mayor castigo del egoísmo humano.

María del Pilar Simués

LA CARIDAD

A MI RESPETABLE AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR

Don Antonio Carrasco y Alvarez

¡Génios del bien venid! mi alma os suspira,
volad desde el Edén con ricas galas
para adornar mi lira;
haced vibrar sus cuerdas
con el blando batir de vuestras alas:

Llenad mi alma, que placer respira,
de ardiente inspiración; dadla dulzura
porque quiere cantar y el bien la inspira;
prestadle á mi cantar vuestra ternura,
que mi canto es de paz y bienandanza;
mi cántico es de amor y de esperanza,

No canto yó la gloria del guerrero
sobre el cadáver del contrario erguido,
blandiendo altivo el fraticida acero,
con sangre enrojecido.

*Canto el amor. No la pasión sublime
que palpita en los versos de Petrarca
y en el arpa de Ossian vibrando gime;
no de ese amor el infecundo anhelo
que una mujer absorbe;
canto un amor que el Universo abarca;
canto un amor tan puro como el cielo;
canto un amor tan grande como el orbe.*

¡Canto la Caridad! Llama divina
por Dios en todo corazón creada:
¡Canto la caridad, luz que ilumina
del pecado y del mal la senda errada.....

¡Oh, Caridad bendita!
la humanidad entera
madre te llama; á tu calor palpita
todo aquel corazón que en bien prospera.

Tú, cual la madre tierna y cariñosa,
consuelas al cansado peregrino
que, de senda escabrosa,
con marcha fatigosa
ván midiendo sus pasos el camino.

Con paso igual visitas la morada
del pobre vergonzante
que sufre, agonizante,
el rigor de su suerte malhadada,
como el alcázar rico, de señores,
que, nadando en el fausto, en la mentira,
al compás de los báquicos rumores
que engendran los festines, les inspira
placer, felicidad, dicha y amores.

Tú das á la indigencia,
para consuelo, de tu amor la esencia;
tú acudes, presurosa,
á menguar el estruendo del combate;
tú, siempre bondadosa,
vas á cerrar con mano hospitalaria
los ojos de aquel pobre desgraciado
que muere sobre el campo ensangrentado
y halla el mundo por tumba
y es el cielo su losa funeraria.

Tú elevas hasta Dios tierna plegaria
para que acalle el grito de la guerra;
tú, como Dios, resides
en el cielo y la tierra;
tú, con tu amor, cual Él, también impides
que sufra el pobre cuando el mal le aterra.

Por eso á tí, ¡oh, Caridad sublime!
te dió el Señor de madre el dulce nombre,
pues que das el consuelo si alguien gime,
por trono, en premio á tu fecundo anhelo,
¡la gloria del Edén! Y en todo el suelo
¡te dió por trono el corazón del hombre!

En él fulgura la sagrada llama,
la llama del amor que amor inspira,
y el soplo que la inflama
¡es el soplo de Dios! Tú eres la pira
cuyo ardor se alimenta de dulzura
con esa esencia del amor más puro....
tu noble influjo, en foco de ternura
puede cambiar al corazón más duro.

Tú eres, en fin, el áura perfumada
que llena hasta el lugar más escondido;
fuiste por Dios creada,
y su inmenso poder te dió por nido
del corazón del hombre lo profundo;
y el hombre, en su aflicción, en tí confía,
y por tu amor fecundo
¡oh, Caridad! como á Jesús, un día
te deberá su redención el mundo!

Francisca Sans Mery

LA ROMERÍA DE SAN ISIDRO

I

Sin gente la Villa quèda;
Madrid baja al Manzanares;
un mar es la muchedumbre
que alegre la puente invade;
el mar por la puente pasa,
de caudal haciendo alarde,
mientras el río murmura
la pobreza de caudales.

Que la gente va de fiesta,
bien lo dice su semblante;
que el río de luto corre,
ojos del puente declaren,
que si lágrimas tuvieran
tal vez miserias llorasen.

Enjutos quedad, los ojos
del puente del Manzanares,
que de lágrimas no es día,
día en que pueblan los aires
en loor de Isidro, himnos
de los hombres y los ángeles.

II

Van á la hermosa pradera
viejos, niños y galanes,
á pié, fatigando potros
ó descansando en carruajes;
allí, el menestral humilde,
junto al soberbio magnate;
allí, la airosa manola
luce descubierto el talle
entre melindrosas damas
que le cubren con encajes.

Allí, el albardado rúcio,
jacas de hundidos hijares,
hermosas yeguas inglesas,
andaluces alazanes;
allí, calesas, berlinas,
ómnibus, cocheros graves,
carreteros sin vergüenza
y simones vergonzantes.

Todo confundido bulle
y forma un cuadro agradable,
y no hay pincel que lo copie,
ni pluma que lo traslade
por sus colores alegre,
español por su carácter.

Cruzad, cruzad la pradera,
viejos, niños y galanes;
corred á orar en la ermita
del Patrono venerable,
que el labrador de los campos
enseñar al mundo sabe
á cosochar en la tierra
las venturas celestiales.

III

Agua manar de una roca
hizo Isidro que brotase;
dicen que salud dá al cuerpo,
que del alma cura males.
Á la fuente milagrosa
van romeros á millares;
enfermos que guardan fé
no es mucho que salud hallen;
quien perdió la fé, no busque

de otra fuente los raudales,
que es la falta de creencias
enfermedad incurable.

Entre voces de chiquillos
y pitos de traficantes,
y votos que el vino bota
y rumores de los bailes,
se oye el acento de un ciego
que á los sencillos compases
de su mugrienta guitarra,
á cuantos van á escucharle
describe lo que no vió
y canta lo que no sabe.

Pero el pueblo le rodea,
y halla encanto en sus cantares,
y los milagros de Isidro
en boca del ciego aplaude.
Y niños, mozos y ancianos,
y padres, hijos y amantes,
van tornando hácia la villa,
van tornando á sus hogares,
guiados por el Patrono
que enseñar al pueblo sabe
á cosechar en la tierra
las venturas celestiales.

Eduardo Bustillo

LA CIENCIA PARA EL NIÑO

EL ELEFANTE



Al hacer el estudio de este mamífero, no describiremos su figura, por ser demasiado familiar á toda clase de personas, y sólo dedicaremos algunas líneas á describir al más inteligente y gigantesco de los mamíferos.

La trompa de que está armado es su principal órgano de comunicación con el mundo exterior.

Con la trompa verifica las operaciones de carga y descarga de los efectos y de los hombres que lleva sobre su enorme lomo, se defiende de sus enemigos, y lanza á distancia al tigre y al mismo león; coge del suelo los objetos más pequeños, y hasta se apodera de las mariposas, absorbiéndolas con su aliento, sin ajarles las ténues alas, y depositándolas blandamente en manos de sus guías.

Con la trompa, además, abre y cierra cartas, traza caracteres regulares con una pluma pequeña ó con un punzón, forma ramilletes de flores, que ofrece galantemente á sus amos, y que aspira con muestras de grande complacencia.

El elefante ha sido y es objeto de adoración para algunos pueblos asiáticos.

Sabido es que en Siam el elefante blanco es un dios, á quien se consagra un vasto palacio, con numerosos sirvientes, y á quien el Emperador venera, cuando menos, como á su igual en dignidad y grandeza.

El elefante no procrea en el estado de domesticidad; de aquí el que todos los elefantes que en Asia se dedican al servicio del hombre, hayan sido salvajes reducidos á la esclavitud por medios ingeniosos.

Son estos varios y dignos de conocerse.

Sólo la astucia puede oponer el hombre á este enorme animal; no hay fuerza capaz de oponerse á su fuerza.

Sólo las balas explosivas, disparadas á corta distancia en su oído, pueden darle la muerte; pero no es esto lo que se desea, pues sólo vivo presta grandes servicios.

Así es que los cazadores se esfuerzan en cogerle vivo.

El método primitivo, el usado por los negros africanos, consiste en abrir una zanja, tapizada con ramas espesas.

Una vez caído el elefante en ella, el hambre, los halagos y la desesperación concluyen por domesticarlo.

En la India, en los inmensos bosques, allí donde las palmeras elevan sus copas ávidas de luz, hácia un cielo de sin igual azul, en las encantadas regiones donde el elefante vive libre en manadas, siendo el augusto soberano de las soledades, constrúyese un *kraal*, que es una especie de establo de elefantes, y que consiste en un espacio cercado por fortísima valla de enormes troncos clavados en el suelo y separados unos de otros lo suficiente para que pase entre ellos el cuerpo de un hombre.

El *kraal* tiene una sola puerta anchurosa, y que puede cerrarse instantáneamente.

Cuando llega la época de los amores para los elefantes, los indios del *kraal* sueltan en la selva á varias hembras domesticadas, seguros de que han de volver acompañadas por elefantes machos salvajes.

En efecto, la hembra lanza bajo las copas del bosque un grito de amor, que es contestado por el de los machos situados á larga distancia.

Cuando uno de éstos acude al reclamo, la hembra, con más malicia que amor, lo mantiene á distancia respetuosa, amenazándole con su trompa y se retira hácia el *kraal* llevando en pos á su galán.

Éste nada sospecha; el *kraal* está desierto, y la valla oculta entre lianas y flamboyantes; las huellas del trabajo humano son invisibles, ó no las conoce el animal.

Á veces también, en el interior del vasto recinto, los cazadores dejan un bosque impenetrable y ameno, donde cantan las aves y murmuran los arroyos.

Todo le convida, pues, á seguir á la pérfida compañera que le llama blandamente al otro lado de la estacada.

Entra en el *kraal*, y la puerta se cierra inmediatamente.

Ya está en poder de los hombres, pero falta lo más difícil: someterlo á su autoridad y á sus caprichos.

De esto se encargan otros elefantes domesticados, pues el hombre no osa afrontarle.

Apénas el animal ha entrado en el *kraal*,



LA FUENTE DE SAN ISIDRO EN EL DÍA DE LA ROMERÍA

Ayuntamiento de Madrid

vé salir de las sombras del bosque á otros semejantes suyos, que se le acercan con gravedad y perfecta calma, haciéndole los honores de su casa, y admitiéndole en su intimidad con gracia y distinción propias de un cortesano.

Le enseñan los parajes más deleitosos, las flores más bellas, las aguas más frescas, los sitios sombríos donde no penetra un rayo de sol, y que son propios para la siesta.

Le hacen gustar las raíces, las frutas del albergue y productos que desconoce, como el arroz bien pilado, la miel, la leche y otras golosinas con que el hombre obsequia al elefante.

El pobre salvaje, confiado y lleno de inocente alegría, no recela de aquellos presentes, y bendice la hora en que siguió á la hembra, que continúa á su lado y mantiene vivo su entusiasmo.

Bien pronto se familiariza con la manada; halaga á los pequeñuelos, y recibe con gratitud y respeto las caricias paternas de las trompas robustas de los viejos.

Pero de pronto, aquellas trompas tan amables, se enlazan al cuello, y aprisionan la suya; la hembra le sujeta por la cola, y sofocado por la formidable presión de seis u ocho camaradas, tan fuertes cada uno como él mismo, siéntese prisionero, y lanza un grito de dolor.

En aquel momento, de detrás de los troncos salen multitud de hombres con cuerdas, con cadenas, con cepos de hierro, y en tanto el preso forcejea entre las espantosas ligaduras de las trompas de sus amigos, siente que se le sujetan las piernas y se le echa en el suelo como una masa inerte.

Desde entonces, el elefante salvaje pierde todo su valor y toda su fuerza.

Bien pronto se hace doméstico y se acomoda á la existencia pacífica y laboriosa de sus compañeros.

Compréndese que la inteligencia de este animal haya sorprendido á los orientales hasta el punto de tributarle honores divinos. Se sorprenden en él intuiciones maravillosas que le dán en la creación el primer puesto después del hombre.

No nos referimos á los juegos y monerías que realizan en los circos.

Los romanos hasta los hacían danzar en una maroma, no obstante su enorme masa.

En nuestros días, á pesar de la honda tristeza que les devora bajo el sombrío cielo de Europa, todavía hacen las delicias del vulgo con sus gracias de niño gigante, con la rapidez de sus sensaciones y la constancia de su cariño y de su odio.

Para juzgar del elefante como ente de razón y de juicio, es preciso haberlo visto en la India ó en África, en el país donde su existencia está favorecida por el clima y por la alimentación.

Una de sus cualidades más salientes es la ternura con que cuida de los débiles, y su implacable furor contra los fuertes.

Se ha visto á elefantes, obligados por sus guías, á quienes profesan respeto y adhe-

sión sin igual, á maltratar á animales inferiores; nunca les fué posible vencer su resistencia.

Á veces, un elefante halla en su camino un escarabajo, un sapo, un insecto cualquiera; ya pueden castigarle, ya pueden acariciarle para que lo mate, poniéndole encima una de sus patas: no se ha dado el caso de que haya dado muerte á uno de esos pequeños seres inofensivos.

En cambio, las serpientes venenosas, los caimanes, las grandes fieras, provocan su furor hasta la locura.

En la India, en las plantaciones y los bosques, donde son frecuentes las fieras, confiase el cuidado de los niños á un elefante. Los niños son su embeleso. Arranca las flores que no están á su alcance, les trae en su trompa, con delicadeza suma, mariposas, pajarillos, insectos matizados; si hay un obstáculo que se opone á su marcha, se adelanta y lo aparta; los levanta en su trompa para pasarlos al otro lado de los charcos y riachuelos, y si de pronto aparece en la senda del bosque una serpiente livida, un tigre erizado, un búfalo salvaje, el elefante reúne á los niños, se los coloca debajo del vientre, en medio de las cuatro columnas carnosas de sus gruesas patas, eleva la trompa, mostrando al enemigo sus colmillos de marfil, echa fuego por los ojos, y ¡ay, del monstruo que se le acerque entonces! Por fortuna, conocen que no pueden luchar con aquél soberano de las selvas, y huyen espantados.

¿No es verdad que este gran animal, tan tierno y tan fuerte, cuidando á esos niños, haciendo con ellos el oficio de niñera y de nodriza, amparándolos contra las fieras, alegrándoles con los dones de la tierra, nos sugiere la idea de que el Creador quiso encerrar y concentrar en un sólo ser, enorme y todopoderoso, la previsión, el amor, la fuerza, esparcidas por toda la naturaleza?

Observad á un elefante cuando conduce fardos. Si vé que estos no se sostienen bien, que ruedan de un lado á otro, reúne algunas piedras y los apuntala, sin que se le haya enseñado á hacerlo. ¿No es este un acto de juicio y de razón? Otras veces, llenando toneles de agua, nota que uno de ellos, á causa de estar inclinado, se vierte por uno de los lados, y rectifica con la trompa el nivel, hasta obtener lo que desea.

El elefante adora á su *cornae* (guía) hasta el punto de que si, en un momento de cólera ó de ceguera, le causa algún daño, muere de pena.

Vive pendiente de la voluntad del guía, entiende, no sólo sus gestos, sino hasta sus palabras, y le acaricia con su trompa y juega con él, levantándole en alto con una familiaridad cariñosa que hace pensar que es algo más que un animal.

Los indios creen, y á mi ver con razón, que el elefante piensa en los grandes fenómenos de la Naturaleza, y quizá se esfuerza por comprenderlos y conocer á su autor.

El amanecer, en la India, tiene singular

encanto. El sol sale pronto, sin que le preceda el largo y triste crepúsculo de nuestros climas.

Parece como que la naturaleza se despierta sobresaltada por algun repentino beso de la luz solar.

Asperézanse las selvas, centellean en los aires las ramas cargadas de flores, las sagradas palomas verdes y el deslumbrador colibrí.

Al cuerno sacerdotal de las pagodas, que anuncia el nuevo sol, mézclanse los vibrantes toques de clarín de un ave purpúrea y los arpegios del bulbul de cola roja.

Pasan las manadas de búfalos por las praderas desiertas y las bandadas de aves acuáticas sobre el lago.

Los paisajes se dilatan con la magia de un espectáculo preparado para una apoteosis teatral.

En aquel momento, el elefante, lo mismo el salvaje que el domesticado, se vuelve hácia el sol naciente, dobla las rodillas, y queda largo tiempo en éxtasis, contemplando con gravedad religiosa al astro del día que se levanta, absorto ante sus rayos, en tanto puede resistirlos, con la fijeza que despliega siempre quien quiere penetrar un misterio, y quizá ¿quién sabe? dando tortura á su inteligencia para que le explique un fenómeno que presencia, durante sus dos ó tres siglos de vida, sin comprenderlo nunca, pero con la vaga aspiración del saber sediento y desorientado.

Entonces, dicen los indios, el elefante adora al sol y eleva hasta su brillante disco su plegaria. ¿Por qué no? ¿La oración es acaso patrimonio tan sólo de los hombres? ¿Lo es la ignorancia, lo es el dolor? ¿Se habrá contentado el Creador con infundir el conocimiento de su existencia en una sola especie, cuando podía concederlo, para mayor gloria suya, á tantos otros seres igualmente sometidos á su poder é igualmente hijos de su voluntad, y que no habían de negarle ni adoración ni oraciones?

R. Ginard de la Rosa

Á LA DISTINGUIDA PIANISTA

SEÑORITA DOÑA EMILIA QUINTERO

I

Cuando en ebúrneo teclado
posas tus manos de nieve,
toda el alma se conmueve
con un gozo inesperado.
Hieres las cuerdas, y alado,
del corazón se despierta
vago rumor, que concierta
con la esplendente armonía
que arranca tu fantasía
de la vil materia muerta.

II

Como entre aromas y flores
de la gaja primavera
músicas el alma espera
de canoros ruiseñores,
así tus dedos, primores
hacen brotar enseguida,
con tal entusiasmo y vida,
que haciendo perder la calma,
parece llevas un alma
en cada nota, prendida.

III

Manos de querube son
las que en rauda lijereza
con su armónica riqueza
dán ventura al corazón.
Las que raudal de pasión
saben hallar al herir
cuerdas que dejan oír
en purísimo concento,
más ternura y sentimiento
que se puedan concebir.

IV

Por eso, en mágico anhelo,
vá pregonando tu fama,
que arde en tí la pura llama
de los músicos del cielo.
Tú nos elevas del suelo
á las regiones del arte,
y en ánsia, por escucharte,
queda el alma suspendida,
recobrando sólo vida
para aplaudir y admirarte.

Juan Montesin y Soto

BIBLIOGRAFÍA

TESORO PALEOGRÁFICO

Ó HISTORIA UNIVERSAL DE LA ESCRITURA

POR

D. LEOPOLDO DELGRÁS

calígrafo de la Real Casa, premiado por S. M.



La obra que tenemos el gusto de recomendar eficazmente á nuestros lectores, no es una de esas producciones tan frecuentes en el día, ni de esas enciclopedias ilustradas que se van generalizando en este país; es tan sólo un completo tratado de Paleografía, necesario á cuantos se consagran al estudio de las letras en España.

La utilidad de este trabajo es innegable, porque además de lo muy conveniente que es á todos los Archiveros, Bibliotecarios, Notarios, Escribanos, Anticuarios, etc., por su continuo cotejo, es indispensable á los Profesores en general, á causa de que se vá extendiendo mucho este estudio en

nuestros días, y precisa aún á los que no poseen los conocimientos preparatorios necesarios para ello, pues hay muchas familias que, con papeles antiquísimos en su poder, heredados de sus mayores, no pueden leerlos, y están dejando, bienes que legítimamente son suyos, en poder de usurpadores audaces.

La Paleografía, esa irrecusable y continua comprobación de todas las Historias; ese ramo del saber que, compuesto su título de las voces griegas *paleo* (antiguo) y *grafo* (signos ó escritura), tiene la doble misión de valorar con exactitud los caracteres primitivos y el de descifrar ó traducir los monumentos gráficos de nuestros antecesores, es hoy ya muy apreciada en todo el mundo civilizado, y su ameno estudio es el artístico lazo que une á la Historia y á la Geografía Universal.

Encerrar en un sólo libro—manuable y económico—el mayor número posible de claves ó abecedarios de tantos pueblos primitivos como poblaron la tierra al emprender su marcha en el espacio; fijar á cada signo el valor que tiene, esto es, la letra á que corresponde de nuestros actuales caracteres; y á tales datos, unir los más breves crítico-cronológicos y cali-paleográficos, ha sido la constante norma que ha guiado á su autor en la ordenación de tan notable trabajo, en el que aparecen considerados, y entre otros muchos (pues pasan de ciento las claves que contiene este *Tesoro*) los signos con los cuales representan sus ideas los Griegos, los Hebreos y los Árabes, copiándose además con la mayor exactitud, y valorándose, por supuesto, los caracteres Egipcios, Fenicios, Etruscos, etcétera, concluyendo esta importantísima obra, tesoro de erudición y de ciencia, con la Historia de la Escritura en España, ó sea cuantos signos se han usado generalmente en nuestra patria, desde sus primeros pobladores hasta los hermosos caracteres hispanos que, en nuestros días, tienen las colecciones de muestras últimamente declaradas de texto.

Algunos años ha invertido el autor en este estudio; contrariedades ha experimentado su deseo de que viera la luz pública, después que lo han examinado é informado lisonjeramente Academias y personas ilustres; y si hoy se vá á ver al fin impresa la obra, es debido al auxilio que generosamente ha prestado S. M. el Rey, á quien está dedicada.

Digno es su autor de que el público le dispense la protección que siempre concede al que, como él, trata con el mejor deseo de difundir la hermosa luz de la civilización entre el noble y patriótico pueblo español.

Reciba el Sr. D. Leopoldo Delgrás nuestra más cumplida enhorabuena, y continúe por tan gloriosa senda, aunque para ello tenga que vencer obstáculos casi insuperables. Luchar es vivir, y luchar del modo que él lo hace, vivir para conquistarse el envidiable y seguro puesto que la sociedad

concede al talento realzado por el trabajo.

Los precios de la suscripción son los siguientes: Una peseta cada entrega en Madrid y provincias, y 1'50 pesetas en Ultramar, franco de porte. Los pedidos se harán á su autor en Madrid, Huertas, 49, Estudio.

E. B. y S.

ALGUNAS REFLEXIONES

SOBRE LA

RELIGIÓN CRISTIANA CATÓLICA APOSTÓLICA Y ROMANA

PARA USO

DE LOS QUE PROFESAN LA VERDADERA FÉ

POR

DON FÉLIX DE LEÓN Y OLALLA

(CONTINUACION)

III

Revelación. — Necesidad de admitirla.

Los extravíos de la razón, entregada á sí propia; los errores de los filósofos antiguos y modernos, que no han querido escuchar más voz que la de su equivocado raciocinio; las absurdas opiniones que el paganismo ha inculcado en las antiguas y modernas sociedades, demuestran, según un ilustre teólogo, la necesidad de una luz más pura, de una luz más clara; en una palabra, hacen evidente la necesidad de una *revelación*.

No entraremos ahora en detalles respecto á las distintas maneras ó modos con que la *revelación* ha podido ser hecha.

Significaría esto ocupar prolongadas líneas, y no es por hoy éste nuestro ánimo, y si el tratar sucinta, aunque claramente, de los capitales puntos de nuestra Doctrina, donde la herética controversia se ha fijado para aducir sus siempre fútiles y sofísticos argumentos.

Prescindimos, pues, de explicar lo que se entiende por *revelación mediata*, por *revelación común*, por *revelación particular* y por *misterios*, para tratar exclusivamente de la *revelación en general*.

Después de la caída ó pecado de Adán, dicen con razón los sabios doctores, el espíritu del hombre quedó tan ciego y débil, que si Dios no le hubiera iluminado y fortalecido, eternamente en tinieblas, hubiera sido el juguete de ideas ridículas y extrañas.

Dios se apiadó de aquella confusión de la humana inteligencia, y recorrió los velos de su Santa Ley, hablando al hombre, eligiendo para intérprete de su divina palabra al virtuoso caldeo habitante de Ur, al patriarca Abraham, y manifestándose después á Moisés en la encendida zarza, y más tar-

de entre el formidable tableteo bronco y el azulino brillar del relámpago sobre el alto cima del Sinaí, circuido de la tempestad, menos potente que su potente voz.

Concedido un Dios Todopoderoso y Creador, concedida una Providencia sabia y previsora, el negar la *revelación* es una ridiculez que no puede tomarse en serio siquiera, á no ser por lo repugnante de la herejía que entraña.

De una manera ostensible y palpable se comprende la verdad de la divina revelación, pues suponer lo contrario, sería no conceder á Dios las facultades que posee cualquier hombre.

¿No había Dios de ser dueño de revelar al sér humano que por sus virtudes obtuviera privilegio tan envidiable, su santa voluntad, sus santos preceptos; y el hombre, su hechura, que necesitó para *sér* que el Altísimo dijese *sea*, había de poder transmitir sus impresiones, su voluntad, sus deseos á otro hombre?

Esto sería absurdo.

La palabra de Dios ha sido una verdad, y su eco sacratísimo ha resonado, resuena y resonará en el orbe católico, de boca en boca, de libro en libro, transmitida y acatada, venerada siempre, desde Abraham hasta Moisés, desde Moisés hasta Jesucristo, desde Jesucristo hasta nosotros, y desde nosotros hasta la Eternidad.

IV

De la promesa de un Salvador y de Jesucristo

Moisés, en sus profecías, prometió al pueblo de Dios la venida de un Salvador, la venida de un Libertador que redimiera al género humano.

Esta es indudablemente la profecía más importante del varón aquél á quien la Providencia salvó de las aguas del Nilo, sin duda porque le destinaba á la suprema magistratura de su pueblo, para que le condujera á través de peligros innumerables, fortaleciéndole con la práctica de infinitos milagros, desde la esclavitud á la libertad, desde las cadenas de Egipto á los dilatados pensiles de Sión, desde Faraón hasta Samuel, desde Samuel hasta David, desde David hasta Jesucristo.

Moisés fué el primero que profetizó la venida del Mesías, la venida del Hijo de Dios, que llegaría al mundo para salvar á la raza humana del yugo del pecado, cumpliéndose las divinas palabras, porque nacido Jesús de madre virgen, una mujer quebrantaría la cabeza de la vil serpiente (1).

Los milagros más maravillosos asombraron al mundo y señalaron la venida del Redentor.

Apenas nació en el oscuro portal de Be-

lém, apenas halló cuna material entre la tronzada paja y el oloroso heno de un pesebre, los Ángeles descendieron de las regiones celestiales y anunciaron la fausta nueva á las pastores y á los Reyes.

Y Reyes y pastores llegaron presurosos, guiados al humilde lugarcillo, á la pobre vivienda, por una estrella brillante y nueva, espléndida y clara, que apareció en el Oriente y vino á detener su curso sobre el lugar en el que al Señor plugo colocar la cuna humilde de su Santísimo Hijo.

La profecía estaba cumplida.

Jesús, hijo de María virgen, vivió con sus padres la época en que á los altos designios del Todopoderoso así pudo convenir, modelo de sumisión, de respeto y de cariño filial.

Viene después su bautismo.

Bautízale en el Jordán su predecesor, que intenta evitar hacerlo así por respeto á la Santidad de Jesús; pero éste, humilde y desnudo, inclina la santa cabeza, la cabeza aquella que había de ser coronada de espinas; junta las manos en señal de oración, las manos aquellas que habían de desgarrar cruelmente los clavos de su Pasión, y recibe del Bautista el Santo Sacramento, así instituyendo el Bautismo, cuyas aguas lavan el pecado.

El Cielo se abre, luce en las esferas celestes, en las regiones de lo Santo, la bendita luz de la Gloria, y la voz de Jehová se deja oír.

El pueblo escucha, mudo de admiración y de respeto; las nubes forman brillante escabel; los tules del firmamento se corren en diáfanos doseles, y dice Dios al absorto pueblo, que toca la tierra con la frente:

Este que veis es mi Hijo querido, en quien yo me recreo y complazco (1).

Desde entonces, ¿qué más pruebas?

La paz en la conciencia de los malditos, de cuyos cuerpos huía Satanás; millones de enfermos, curados; resucitados los muertos; aliviados los males de la humanidad pecadora y doliente.

Cuando el Mesías nació, cantaron las aves, alegróse el Cielo, la Naturaleza sonrió.

Cuando en el tremendo suplicio de la Cruz espiró Jesucristo, callaron los pajarillos sus arpadas cantinelas, el Cielo se cubrió de nubes, tembló la tierra, los ríos saltaron sus márgenes y rompió su barrera el mar.

El terremoto del mundo conmovió el globo terrestre, se estremeció de espanto la Naturaleza, y los hombres, asombrados de horror, lloraron el Deicidio.

Pero estaba escrito.

Una cuna miserable, una vida de trabajo, un apostolado, una Pasión... todo esto era preciso para que el género humano se salvara, y el género humano se salvó, por-

que el Hijo de un Dios, con sublime abnegación y heroísmo sublime, sufrió como hombre y vertió su sangre para que el hombre se regenerara, para que las puertas de la Gloria, las moradas del Cielo se abrieran á la raza manchada hasta entónces con el estigma del pecado del primer hombre, del pecado original.

¿Y habrá aún impíos que tengan osadía para negar las profecías?

¿Habrá aún herejes que intenten negar su cumplimiento?

Años y años pasaron desde Moisés hasta Jesucristo.

Moisés profetizó su venida, y el Mártir del Calvario confirmó, cumplió la profecía repetida tantas veces.

Jesús, viviendo como hombre, sufre y padece muerte en suplicio por el hombre.

¿Qué mayor caridad!

Jesús, resucitando y elevándose al Cielo, como Hijo de Dios, cumple los santos fines de su misión sagrada.

¿Qué mayor gloria!

Jesús, á la diestra de Dios Padre, abre las puertas del Cielo á la humanidad redimida, á los justos que siguen su doctrina de amor, su fraternal y dulcísima enseñanza.

¿Qué mayor premio!

Las profecías están cumplidas y cumplidas las promesas.

El intentar negarlo es negar la luz del sol cuando, en medio del zenit, vierte sus rayos clarísimos alumbrando á la Creación.

(SE CONTINUARÁ.)

CANTARES

Dichoso quien el rigor
de las penas lleva en calma,
pues el crisol del dolor
es quien purifica el alma.

Es la belleza una flor
tan delicada y tan pura,
que si le falta el pudor
pierde toda su hermosura.

No consideres desdoro,
niña, el mostrar tu pobreza,
que al cuerpo lo viste el oro,
pero al alma la nobleza.

Dos cosas dá la experiencia
de la mayor importancia:
que no hay más que un bien: la ciencia
ni más que un mal: la ignorancia.

Eugenia Manó

MADRID --1883

IMPRENTA DE F. NOZAL

CALLE DE LAS HUERTAS, 59

(1) *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et seminum, et semen illius: ipsa conteret caput tuum* (Génesis, III, 15).

(1) *Hic est filius meus dilectus in quo mi complacui* (Matth. III, 17).